

CONSTRUYENDO CONTRAPODERES A LAS NUEVAS GUERRAS GEO-ECONÓMICAS: caminos hacia una globalización de la resistencia¹

ULRICH OSLENDER
University of Glasgow, Scotland UK.
uoslender@geog.gla.ac.uk

Artículo de Reflexión Recibido: enero 20 de 2004 Aceptado: septiembre 27 de 2004

«El sueño de la razón produce monstruos»
Francisco Goya y Lucientes (1746-1828)

Resumen

Nos encontramos en un momento histórico crucial para la redefinición de relaciones políticas, económicas y sociales, caracterizado por crecientes polarizaciones y el establecimiento de un solo superpoder con aliados cambiantes. Dentro de este escenario la guerra como herramienta e intervención para abrir nuevos terrenos a intereses económicos específicos ha adquirido un papel importante. Voy a argumentar en este artículo que hay un cambio cualitativo en las guerras contemporáneas hacia nuevas «guerras geo-económicas» que frecuentemente involucran actores extra-estatales. Como estos fenómenos han adquirido una dimensión global, ya no se dejan resolver únicamente en el campo regional o nacional. Frente a estos procesos políticos y económicos de una globalización agresiva existe la necesidad de crear también la globalización de resistencia, de solidaridades, de justicia, y de paz.

Voy a contextualizar este debate con los ejemplos de 1) las movilizaciones que tuvieron lugar en Gran Bretaña en contra de la más reciente Guerra en Irak, y 2) las formas de resistencia de comunidades negras de la región del Pacífico colombiano frente a la guerra que se ha desencadenado en los últimos años en esta región. Propongo examinar entonces dos ejemplos de resistencias localizadas que están inscritos a la vez en un movimiento global contra las nuevas guerras geo-económicas.

Palabras clave: guerras geo-económicas, geopolíticas, Guerra en Irak, globalización, resistencia, Colombia, costa Pacífica, comunidades negras.

¹ Algunas de las ideas expuestas aquí han sido presentadas, entre otros, en el *Foro Social Mundial Temático: Democracia, Derechos Humanos, Guerras y Narcotráfico*, Cartagena de Indias, Colombia, 16 al 20 de junio del 2003, en el panel «Resistencias Civiles y Contrapoderes a la Guerra». Agradezco a la ONG Codhes la invitación a este Foro. Agradezco también al Economic and Social Research Council el apoyo brindado a esta investigación (RES-000-22-0770), y al Carnegie Trust for the Universities of Scotland una beca de investigación que me facilitó el trabajo de campo en el Pacífico colombiano en el 2003. Dedico este trabajo a las comunidades negras de Colombia y a su lucha por vivir en paz en sus territorios ancestrales de la región del Pacífico.

ULRICH OSLENDER

Construyendo contrapoderes a las nuevas guerras geo-económicas



BOTELLAS, 2002
Fotografía de Johanna Orduz Rojas

Abstract

Ours is a historic moment crucial for the redefinition of political, economic and social relations, characterised by growing polarisations and the establishing of a single superpower with changing allies. Within this scenario, war as a tool and intervention for opening new terrains to specific economic interests has acquired an important role. I will argue in this article that there has been a qualitative shift in contemporary wars towards «geo-economic wars» that frequently involve non-state actors. Since these phenomena have acquired a global dimension, they cannot be resolved any longer merely at regional or national scale. Faced with the political and economic processes of an aggressive globalisation, there exists the need to create also a globalisation of resistance, of solidarities, justice and peace.

I will contextualise these debates with the examples of 1) the mobilisations that took place in Great Britain against the recent War in Iraq, and 2) the forms of resistance of black communities in Colombia's Pacific coast region against the war that has taken hold of this region in recent years. I thus propose to examine two examples of localised resistances that are inscribed at the same time in a global movement against the new geo-economic wars.

Key words: geo-economic wars, geopolitics, War in Iraq, globalisation, resistance, Colombia, Pacific coast, black communities.

Introducción

Los historiadores del futuro nos van a juzgar. Siento que van a evaluar a nuestro tiempo como un momento histórico de redefinición de poderes y de luchas múltiples por representaciones de espacio. Van a debatir sobre el supuesto comienzo de esta nueva fase histórica, y habrá los que señalarán el 11 de septiembre del 2001 como el día en que cambió el mundo. Sin querer entrar en una discusión si este día del ataque contra las torres gemelas de Nueva York marcó el comienzo de nuevas políticas de intervención global o si se trata más bien de una intensificación de éstas, es evidente que nos encontramos en un momento histórico crucial para la redefinición de relaciones políticas, económicas y sociales, caracterizado por crecientes polarizaciones y el establecimiento de un solo superpoder con aliados cambiantes.

En estas constelaciones la guerra, o mejor dicho las guerras en plural juegan un papel importante. La más reciente Guerra en Irak es tal vez la expresión más inequívoca de este desarrollo. Pero recordemos también a las guerras que Amnistía Internacional denomina en su Informe Anual 2003 los «conflictos olvidados» en Chechenia, Nepal, Burundi, Costa del Marfil, y Colombia entre otros.² En este contexto examinar las resistencias y contrapoderes a la guerra adquiere una

² Véase www.amnestyusa.org/annualreport/ (todas las páginas web citadas aquí fueron consultadas por última vez el 20 de septiembre de 2004).

urgencia central. Es el momento oportuno para asegurar que los historiadores del futuro también nos recuerden por nuestra resistencia contra estas guerras en todo el planeta y contra la creciente polarización y categorización del mundo en lo bueno contra lo malo, o lo viejo contra lo nuevo, como suele gustarle hacer al actual Presidente de EEUU y a los neoconservadores detrás de él. Inspirémonos más bien en el ejemplo de una señora turca residente en Alemania durante las grandes manifestaciones en contra de la guerra en el Irak que llevaba una camiseta con el eslogan: «Yo soy la vieja Europa. Y soy orgullosa de esto». No podemos dejarnos catalogar por los gustos o disgustos de un vaquero bruto, ni mucho menos por los intereses económicos que le apoyan. Es la responsabilidad de la sociedad civil de enfrentarse a este embrutecimiento de la civilización global. Frente a procesos políticos y económicos de globalización no se trata de construir una lucha «anti-globalización», como se denomina frecuente y erróneamente al movimiento anti-capitalista globalizado, sino de crear la globalización de resistencia, la globalización de solidaridades, de justicia, y de paz.³

Quiero reflexionar brevemente aquí sobre las posibilidades reales que pueda tener la resistencia civil contra las nuevas guerras geo-

³ Nada podría ser más equivocado que referirse a este movimiento anti-capitalista y anti-neoliberal en términos de «anti-globalización». Muy al contrario, este «movimiento de muchos movimientos» busca sus propias formas de globalización, la globalización de la esperanza y la transnacionalización de la protesta más allá de las fronteras. En palabras de Naomi Klein (2001:83-84), autora de *No Logo*: «Los organizadores de todo el mundo empiezan a ver sus luchas locales y nacionales [...] a través de una mirada global».

económicas. Sobre todo hoy en día en la edad de información y sociedad de redes (Castells 1996), se corre el riesgo de dejarse llevar por las nubes de entusiasmo del activismo cibernético, tal vez un poco distanciado a veces de las realidades «en el suelo». Es importante guardar una capacidad auto-crítica y auto-reflexiva dentro de este activismo que nos permita soñar que «otro mundo es posible» – el lema del Foro Social Mundial –, pero también de crearlo en la vida real. Al mismo tiempo, sin embargo, tenemos que seguir soñando, creando y creyendo en nuevas utopías sin permitir que los espíritus de resistencia sean contenidos. Yo afirmaré, como ya lo hizo el sociólogo y urbanista francés Henri Lefebvre (1976:35) en los años 1970:

«Hoy más que nunca, no hay ideas sin utopía». Por eso tenemos que enfrentarnos a los que proclaman ver sólo límites en las resistencias globales y locales contra la guerra. Por supuesto hay obstáculos, hay frustraciones, hay demoras y hay reveses. ¿Pero hay límites? Creo que no debe haber límites en la imaginación de las resistencias, en las múltiples formas de expresión de contrapoderes y luchas contrahegemónicas que desafían a representaciones dominantes del espacio. Conviene siempre recordar estos momentos de resistencia exitosos en condiciones poco prometedoras, como en el ejemplo de la caída del Muro de Berlín. El movimiento masivo de movilización en la anterior Alemania Oriental se encargó de derrumbar

los «límites» que les habían impuesto políticos, observadores y analistas del proceso de desintegración de la República Democrática Alemana. Por esto, y a pesar de las dificultades que se encuentren en la movilización contra todas las formas de guerra, no se debe aceptar jamás que haya límites en esta lucha.

Para contextualizar el debate sobre posibilidades de enfrentar a las guerras desde la sociedad civil, quiero examinar a continuación brevemente el ejemplo de las movilizaciones en contra de la Guerra en Irak que tuvieron lugar en Gran Bretaña, y cómo este movimiento se «desinfló» una vez que esta guerra había comenzado. También voy a examinar el caso de la guerra que se ha desencadenado en los últimos años en la región del Pacífico colombiano y la resistencia de las comunidades negras que habitan esta región. Propongo examinar entonces dos ejemplos de resistencias locales (aquí a los niveles de Estado-nación [Gran Bretaña], y de territorio-región [Pacífico colombiano]) que están al mismo tiempo inscritos en un movimiento global contra la guerra. Muestra esta mirada también cómo lo local está inscrito en y mediado por lo global, mientras que guarda su particularidad de lugar. Lo local y lo global interactúan y se constituyen mutuamente en relaciones dinámicas. Es esta dinámica que a algunos autores les ha llevado a hablar de «glocalidad» (Beck 1998, Robertson 1995) para describir el momento contemporáneo de «compresión tiempo-espacio» de nuestra «condición de posmodernidad» (Harvey 1989).

La protesta anti-guerra en Gran Bretaña

El 15 de febrero de 2003 marcó un hito en las movilizaciones en contra de la amenaza de guerra contra el Irak por parte de los gobiernos de EEUU y Gran Bretaña. En todo el mundo más de 40 millones de personas se manifestaron en las calles y plazas. En muchos países, como por ejemplo en Gran Bretaña, fueron las manifestaciones más grandes que jamás se habían visto. En Londres más de un millón de personas marcharon en contra de la política de su gobierno de mandar tropas a luchar en Irak para derrocar a Saddam Hussein. Se burlaron del Primer Ministro británico Tony Blair en pancartas e instalaciones artísticas que le representaban como un perro fiel a las órdenes de su dueño George W. Bush. La composición de los manifestantes era un mejunje impresionante: allí estaba el jubilado con sus nietos, había estudiantes de Universidad y de colegio, había trabajadores de todos los sectores, estaban los desempleados al lado de profesores, trotskistas al lado de nacionalistas escoceses, en fin, había de todo. Las diferencias que existían entre ellos al nivel de la vida cotidiana parecían haber sido eclipsadas en ese momento concreto. Lo que les unía en sus diferencias era el deseo común de hacer algo en contra de lo que les parecía ética y políticamente incorrecto. Esto era el mínimo denominador común. Ese día se estaba creando identidad anti-

guerra en las calles de Londres. O, como dirían Laclau y Mouffe (1985), los manifestantes desde sus identidades diferenciadas afirmaban una «posición de sujeto» (*subject position*) común; la que se podía compartir temporalmente a través de diferencias de clase, etnicidad, género, y edad.

Este fenómeno ocupará a los estudiantes de movimientos sociales por mucho tiempo. Pues aunque no es la primera vez que se da una coalición de intereses más allá de las categorías mencionadas, el mismo tamaño de estas manifestaciones, su alcance y sus limitaciones concretas tienen que ser analizadas en detalle. Se deja mostrar en estas acciones también cómo en la práctica están interactuando las diferentes teorías de movimientos sociales, que están frecuente y equivocadamente presentadas en oposición (como, por ejemplo, en Shefner 1995). Los seguidores de las teorías de perspectivas de identidad encontrarán un campo fascinante para explorar cómo se creó identidad en estas marchas que lograba, aunque solo momentáneamente, borrar diferencias entre los manifestantes. Por otra parte a través de estos procesos de construcción de identidad se creó también una estructura de oportunidades políticas, en el sentido de Tarrow (1994), que permite una orientación bastante clara en el discurso que se estaba generando en las protestas.⁴ Esta estructura de oportunidad política era bastante particular en Gran Bretaña. Otros países europeos también habían apoyado en palabra y gesto a las intenciones del gobierno estadounidense de declarar la guerra a Irak – como lo fueron España, Italia, Polonia y la República Checa, entre otros. Sin embargo, era sólo el gobierno británico que iba a comprometerse sustancialmente con sus tropas en esta guerra. Se podría decir entonces que la responsabilidad de la sociedad civil en Gran Bretaña en enfrentar estas intenciones debe haber sido mayor comparado con la coyuntura en países como Francia y Alemania, en que los gobiernos respectivos habían rechazado las intenciones bélicas de EEUU y negaban su apoyo a una guerra.⁵

⁴ Para un análisis comparativo de las varias teorías de movimientos sociales véase, por ejemplo, el artículo clásico de Cohen (1985). Una buena síntesis de estos debates en español aparece en Archila (2003:37-83). Para el contexto latinoamericano, véase Escobar y Álvarez (1992). Una perspectiva geográfica sobre movimientos sociales se encuentra en Oslander (2002a).

⁵ Estas coyunturas llevaban a unas alianzas bastante «improbables», sobre todo en Francia, donde el gobierno derechista de Chirac encontraba un apoyo insospechado en la izquierda del país – tal vez no tan diferente del apoyo que recibió en las últimas elecciones presidenciales del mismo electorado para impedir una elección del ultra-derechista Le Pen del *Front National*.

Si pensamos estas movilizaciones en términos de éxito y fracaso, se puede decir que uno de los alcances era el sentimiento de poder que sentían los participantes. Para muchos de ellos era la primera vez que participaban en una manifestación. Y se dejaron contagiar de la fe de que sí se podían cambiar las cosas. El hecho de compartir con millones de personas en el mundo entero este deseo de decir «no»,

y de parar una guerra que no tenía ninguna justificación para ellos, nutría la imaginación y la visión de todos. Aún hoy las páginas web sobre esos días están llenas de esta euforia que se sentía entre los manifestantes.⁶ Estaban convencidos que su gobierno ya no podía ignorar su presencia y su opinión. Había los que soñaban con un efecto «bola de nieve» que iba a llevar a una nueva politización de la sociedad tan cansada de la política partidaria tradicional.

Estos son alcances importantes, pues se quedan y sobreviven en los recuerdos de

⁶ Véase, por ejemplo, las siguientes páginas web: www.sp.nl/en/news/statementiraq.stm; www.comiterepublicuecanada.ca/English/News/Slug021.htm; www.peacenowar.net/peace/; www.union-network.org/UNISite/In_Depth/Solidarity/Iraq.htm.

los participantes y pueden ser movilizados en el futuro. Aunque la realidad actual ha mostrado de manera muy brutal las limitaciones de estas protestas: al final había guerra en Irak. Es más, en Gran Bretaña el movimiento anti-guerra prácticamente desapareció justo en el momento que el gobierno británico mandó sus tropas a la acción. ¿Qué sucedió? ¿Cómo se puede explicar esta desmovilización? ¿Qué lecciones tiene esa experiencia no solamente para el caso nacional británico

sino para el desarrollo de una estrategia global contra la guerra?

Muchos de los participantes en las manifestaciones anti-guerra empezaban a expresarse de manera diferente una vez que esta había comenzado. Era común escucharles decir que «ahora que estamos en guerra, tenemos que apoyar a nuestras tropas». Esta actitud fue difundida ampliamente, y hasta creada activamente, por los medios de comunicación. Se apelaba al sentimiento nacionalista de cada ciudadano británico. El no apoyar a las tropas propias en esta guerra era sinónimo de falta de patriotismo y hasta de traición. Las pocas voces que desafiaban a esta lógica represiva eran castigadas o ignoradas. El 17 de Marzo del 2003, la noche antes del voto en la Cámara de Representantes (*House of Commons*) que dio luz verde al despliegue de tropas británicas para la guerra en Irak, el anterior Ministro de Relaciones Extranjeras y entonces líder de esta Cámara, Robin Cook, entregó su resignación por no compartir la política del gobierno. Se lo trataba con respeto en los medios de comunicación, pero nunca se dio una verdadera discusión o un debate serio y abierto sobre la política que él rechazaba. Por supuesto la censura no fue ni meramente cercana a lo que pasaba en EEUU, pero opiniones de disidentes con el programa oficial no encontraban salida.

En términos sociológicos se puede argumentar que las identidades subjetivas como articulación de posiciones de sujetos no son cerradas sino caracterizadas por su especificidad y su apertura. O, como lo formula Laclau, estas posiciones están sujetas a cambios en el tiempo y el espacio:

Evidentemente, la relación entre estas posiciones diferentes es lejos de ser obvia y permanente; más bien es el resultado de construcciones políticas complejas que son basadas en la totalidad de las relaciones sociales. [...] No hay posición de sujeto cuyos vínculos con los otros estén permanentemente asegurados; y por consecuencia no hay identidad social adquirida que no sea sujeta a la acción de prácticas articularias (Laclau 1985: 28,33).

En el caso concreto hubo un cambio en las articulaciones de estas posiciones de sujeto: desde una posición anti-guerrista y un sentimiento colectivo de rechazo de políticas belicistas hacia el sentimiento nacionalista británico, que fue movilizado por discursos hegemónicos del gobierno y de los medios de comunicación. O, en otras palabras, hubo una «pacificación de lo político» (Rancière 1995). Por supuesto no todos los anteriores manifestantes seguían este cambio de articulación de subjetividades, pero la mayoría lo hacía, lo que efectivamente llevaba a la desarticulación del movimiento anti-guerra en Gran Bretaña.

La experiencia británica ha sido ambigua y en gran medida frustrante. Sin embargo es importante resaltar que esto no ha sido un desarrollo necesario sino más bien contingente, o sea que se hubiera podido dar otro resultado. La guerra en Irak llegó a un «final» oficial de acciones bélicas bastante rápido, aunque la confrontación armada continúa aún un año después en el 2004. Una guerra prolongada con números más elevados de soldados muertos – como sucedió en EEUU durante la guerra en Vietnam – hubiera resultado tal vez en una re-iniciación de protestas, o por lo menos en un debate muchísimo más crítico. Este debate se está dando ahora que las «razones» del gobierno para entrar en esta guerra están cuestionadas en la medida que no se han encontrado armas de destrucción masiva en Irak.⁷ Sería entonces demasiado temprano declarar las movilizaciones en contra de esta guerra ineficaces, pues su impacto se sigue sintiendo en la presión sobre el gobierno británico y en particular sobre Tony Blair. El éxito o fracaso de un movimiento social no se deja evaluar en un solo sentido. Los resultados e impactos de resistencias y acciones colectivas son múltiples y van desde lo personal hacia lo colectivo (Oslander 2002a).

⁷ De hecho, este debate se ha vuelto una verdadera pesadilla para el gobierno de Tony Blair, sobre todo después del suicidio de un científico asesor del Ministerio de Defensa de alto rango, Doctor David Kelly, el 17 de julio del 2003, quien se veía involucrado en una disputa entre la BBC y el gobierno británico sobre acusaciones de manipulación de un informe pre-guerra del gobierno que acusaba el potencial de Saddam Hussein de usar armas de destrucción masiva en menos de 45 minutos. Para mayores informaciones en español, véase http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/news/newsid_3087000/3087159.stm.

Hacia las guerras geo-económicas del siglo XXI

Las guerras parecen establecerse como una característica del siglo XXI. Por supuesto lo mismo se ha dicho del siglo XX (Hobsbawm 1995), e igual aplica para los siglos anteriores. Sin embargo, al final de la Guerra Fría nuestra «civilización» ha generado una expectativa, tal vez por primera vez, que seamos capaces de resolver conflictos sin recurrir a la barbaridad de la guerra. Las guerras de hoy se llevan a cabo por varias razones. Yo quiero proponer aquí que estamos viendo un cambio en su énfasis y lógica dominante desde lo geopolítico hacia lo geo-económico. En las guerras «tradicionales» geopolíticas los enfrentamientos se dan normalmente entre estados. Se busca defender o ampliar su territorio con la demarcación y/o el cambio de fronteras. La geopolítica alemana, o *Geopolitik*, de principios del siglo XX, hoy sobre todo asociada con los trabajos de Friedrich Ratzel y Karl Haushofer (véase en Nogué & Vicente 2001:34-42), se enfocaba en particular sobre la lucha entre los estados por el espacio, y más particularmente por el *lebensraum*, el espacio vital, que marca la dinámica territorial del Estado.

Si se trata en estas guerras de afirmar el control territorial relacionado frecuentemente con intereses económicos, estos últimos no han conformado siempre el argumento central para la guerra. En otras palabras, el interés económico en las guerras geopolíticas tradicionales no ha sido necesariamente fundamental. Los conflictos caracterizados por una lógica geo-económica, al otro lado, se pueden dar frecuentemente entre actores no-estatales y son sobre todo sobre el acceso a recursos económicos y su explotación. Esto no quiere decir que lo político ha perdido relevancia en estos conflictos, ni mucho menos que ha sido anulado, sino que se han conformado dinámicas nuevas cuyo campo de análisis privilegiado ya no yace meramente en los discursos políticos y al nivel de Estado-nación. Con el concepto propuesto de las «guerras geo-económicas» se quiere poner énfasis sobre esta característica de muchos conflictos contemporáneos.

La Guerra en Irak tal vez es el ejemplo más claro de este desarrollo. No sólo se trata para EEUU de ganar el control sobre la explotación petrolera de Irak (aunque esto por sí sólo hubiera sido suficiente «razón» para una invasión), sino ha existido un plan de reconstrucción de este país, involucrando a empresas norteamericanas en primera fila con contratos millonarios, mucho antes del comienzo de hostilidades. En esta guerra se trata entonces no solamente de razones geopolíticas y del control territorial que EEUU necesite ejercer para establecer un régimen «amistoso», sino de razones económicas concretas y negociadas con anticipación. El ejército norteamericano actúa a la vez como fuerza destructora y de limpieza para preparar la entrada consiguiente de empresas e intereses económicos nacionales. Es esta la nueva estrategia de la «Gran Pesadilla Neoliberal».

Sin embargo influyen en estas estrategias neoliberales y geo-económicas no solamente los Estados-nación sino también, como antes he mencionado, los agentes y actores extra-estatales. Para ilustrar esta tendencia voy a examinar el caso de la guerra en el Pacífico colombiano, donde las comunidades negras e indígenas que habitan esta región están sujetas a regímenes de terror impuestos por grupos paramilitares, guerrilla y ejército colombiano.⁸ Con el enfoque de «guerra geo-económica» quiero resaltar el impacto del empuje capitalista hacia la región y las lógicas económicas de un capital que busca siempre nuevas regiones de apropiación y explotación. De acuerdo con Hardt y Negri (2000:326), esto lleva a la destrucción de culturas tradicionales y organizaciones sociales en la marcha incansable del capital hacia la creación de nuevas redes de un solo sistema cultural y económico de producción y circulación. Esta lógica de un capital des-territorializador está penetrando a la región del Pacífico y a sus pobladores. Los desplazamientos masivos de poblaciones locales en esta región tienen que ser analizados bajo el prisma de esta lógica y de unas estrategias económicas específicas. El enfoque sobre las facetas geo-económicas de la guerra en el Pacífico es también un llamado hacia una investigación de las micro-geografías del conflicto colombiano. Aunque este tenga su historia y lógica nacional, también tiene expresiones regionales diferenciadas. Es importante resaltar que con una perspectiva geo-económica no se le quita el carácter político al conflicto colombiano, sino se examina a sus expresiones regionales diferenciadas y sus lógicas subyacentes que conforman una red compleja de causas, dinámicas y desarrollos.

La guerra geo-económica en el Pacífico colombiano⁹

Cambios constitucionales en Colombia y sucesivas legislaciones como la Ley 70 del 1993 garantizan, entre otros, derechos territoriales colectivos a comunidades negras rurales en el Pacífico colombiano.¹⁰ Desde entonces han sido tituladas colectivamente casi cinco millones de hectáreas de tierras para comunidades negras. Estas han creado consejos comunitarios que actúan como máxima autoridad territorial y son responsables, según la ley, del uso sustentable de los bosques y de los ríos.¹¹ Se han dado

⁸ Para una conceptualización de este conflicto en la región del Pacífico colombiano en términos de «geografías de terror», véase Oslender (2004).

⁹ Aunque las comunidades indígenas también están afectadas por la guerra en el Pacífico colombiano, me refiero en esta sección exclusivamente a las comunidades negras, quienes componen además el 90% de la población en esta región.

¹⁰ Para mayores detalles sobre aspectos de esta legislación véase, por ejemplo, Arocha (1992), Restrepo (1998), y Wade (1995).

¹¹ Véase Rivas (2001) y Oslender (2001) para las experiencias de algunos de estos consejos comunitarios. Se ha argumentado que las comunidades negras rurales de la costa Pacífica están consideradas junto con las comunidades indígenas de esta región como los «guardianes» de los bosques tropicales, responsables de la protección del medio ambiente y de la ya casi legendaria «megabiodiversidad» de la costa Pacífica (Escobar 1996). Este empoderamiento de grupos étnicos que conviven con ecosistemas frágiles, por un lado otorgándoles derechos colectivos a sus tierras y por el otro responsabilidades de la protección del medio ambiente, es una tendencia global.

efectivamente en los últimos diez años procesos intensos de territorialización por parte de comunidades negras en el Pacífico colombiano con altos niveles de movilización en los ríos y consejería desde las ciudades.¹²

Sin embargo, lo que parecía al principio un verdadero avance en la legislación con beneficios tangibles para comunidades negras en el Pacífico colombiano, ahora corre el riesgo de volverse una pesadilla para estas comunidades. Justamente en el momento que ellas reciben el reconocimiento legal de ser las dueñas ancestrales de las tierras del Pacífico (anteriormente consideradas como «baldías» por el Estado), están sujetas a procesos de des-territorialización al ser desplazadas violentamente de sus tierras por los diferentes actores armados. La región que hace unos diez años aún se consideraba como «refugio de paz» (Arocha 1999:116-126) está ahora plenamente integrada en el conflicto interno colombiano. Como en las otras regiones del país, las comunidades locales están atrapadas entre los actores violentos, y peor aún, se sienten abandonadas por un Estado débil sin capacidad de protegerles.¹³ Como ejemplo del horror de esta coyuntura debe servir la masacre ocurrida a principios de Mayo del 2002 en el pueblo de Bellavista en el Departamento de Chocó a orillas del río Atrato. La población civil estaba atrapada en los combates intensos entre fuerzas paramilitares y las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC. Cuando un cilindro de gas fue lanzado contra la iglesia en la cual los pobladores habían buscado refugio, por lo menos 119 personas murieron en la explosión (ONU 2002).

La complejidad del conflicto colombiano no me permite aquí analizar todas sus facetas que han contribuido a esta situación que desangra al país cada día más.¹⁴ Sin embargo, lo que quiero resaltar aquí son unas manifestaciones regionales específicas de este conflicto. En el caso de la región del Pacífico colombiano se deja evidenciar cómo intereses económicos específicos se están apropiando de esta región. Como ha sido denunciado en numerosas ocasiones por activistas del movimiento social de comunidades negras y por organismos de derechos humanos, intereses económicos poderosos están detrás de las avanzadas paramilitares

¹² Véase Pardo (2001) y el número especial del *Journal of Latin American Anthropology*, 2002, vol.7 (2) para evaluaciones recientes de este desarrollo.

¹³ No tengo la intención aquí de entrar en los debates sobre la supuesta «debilidad» del Estado, o si se trata más bien de una presencia desigual de un Estado que actúa en algunas regiones y localidades con más autoridad y fuerza que en otras. Sería interesante construir una cartografía (e incluso un barómetro) del grado de presencia del Estado en las diferentes regiones del país. Sin embargo, lo que me importa aquí es resaltar la sensación de los pobladores locales, que se sienten abandonados por el Estado. Para ellos, la debilidad del Estado no es ningún debate académico, sino la experiencia vivida de cada día.

¹⁴ Para mayores detalles sobre la historia del conflicto colombiano véase, por ejemplo, Leal Buitrago y Zamosc (1991), Pécaut (1987, 2001), Richani (2002), Sánchez y Meertens (1983).

en la zona (Córdoba 2001, Henao 2003, Oslender 2002b, Rosero 2002). La extensión de cultivos de palma africana en los Departamentos de Nariño y Chocó, planes para megaproyectos en la región como la construcción de un canal interoceánico y de la carretera Panamericana en el Chocó, y el narcotráfico, son algunos de los intereses económicos que se han volcado sobre la región. Estas apropiaciones y el siguiente uso de estos espacios requieren la colaboración de la población local, o, en ausencia de esta, la limpieza de los terrenos de la misma. De esta manera las comunidades son cooptadas, o, más frecuentemente, amenazadas y desplazadas. Grupos paramilitares vacían los terrenos y los preparan así para la intervención del capital. ¿Acaso yace aquí un paralelo con la acción del ejército norteamericano en Irak? La destrucción y limpieza de futuras zonas de intervención para el capital sediento de nuevas esferas de explotación y apropiación al cargo de agentes estatales y extra-estatales hacen parte de la nueva estrategia de las guerras geo-económicas. Es esta la lógica de la «Gran Pesadilla Neoliberal».

En el Pacífico colombiano esta lógica ha llevado a una perversión completa de la intencionalidad de la Ley 70 del 1993 que pretendía garantizar la sustentabilidad de la explotación de recursos, la conservación de la biodiversidad de esta región, y la protección de la cultura afrocolombiana. Frente a la falta del Estado de proteger a las poblaciones de los varios actores armados, estamos evidenciando un constante re-mapeamiento de territorialidades y fronteras en el Pacífico. El control territorial de los actores armados inhibe a las comunidades locales afirmar su territorialidad – garantizada en la legislación pero subvertida en la vida real. Al contrario, se produce el efecto opuesto de des-territorialización de comunidades negras. En vez de un apoderamiento de territorialidades locales, como lo intentado por el movimiento negro en Colombia, procesos completamente opuestos de des-territorialización y fragmentación territorial están inducidos como resultado del terror y de la guerra que se desencadena entre paramilitares, guerrilla y el ejército colombiano.

Redes y alianzas en contra de las guerras geo-económicas

Como reacción a este desarrollo de la expansión del conflicto armado en el Pacífico, las comunidades negras han creado mecanismos de defensa y de denuncia contra la realidad del desplazamiento forzado, las masacres y la pérdida de territorialidad. Este no es sólo un problema rural sino que crea problemas masivos en el espacio urbano que es incapaz de brindar a los desplazados condiciones de vida dignas de llamarse así. En 1999 se fundó la Asociación de Afrocolombianos Desplazados AFRODES para atender específicamente a esta problemática. De los más de 2 millones de desplazados internos se estima que una tercera parte es de ascendencia Afro en Colombia, o sea, alrededor de 700.000

personas. En el plano nacional AFRODES denuncia frente al gobierno los abusos de derechos humanos y reclama del gobierno nacional que cumpla con su responsabilidad de protección de las comunidades y poblaciones afectadas por la violencia. Se trabaja de cerca con la Consultoría de Derechos Humanos y Desplazamiento CODHES en cuestiones de desplazamiento, así como con las personerías al nivel local.¹⁵

En los ríos también se han dado discusiones sobre cómo enfrentarse a los actores armados. Campesinos del Consejo Comunitario del Río Baudó, por ejemplo, han redactado un «reglamento de convivencia» que han pintado en las paredes de las casas en la entrada a sus pueblos de los cuales habían sido desplazados anteriormente. Estas reglas fueron redactadas colectivamente por los desplazados en la capital departamental, Quibdó, en Agosto del 2001.¹⁶

¹⁵ CODHES es una ONG que fue fundada en 1992 para monitorear estadísticas del desplazamiento forzado en Colombia. Para tal fin se creó en 1995 el Sistema de Información sobre Desplazamiento Forzado y Derechos Humanos SISDES. Véase www.codhes.org.co para informes y análisis regulares de esta problemática. Sobre AFRODES, véase Osorio (2004).

¹⁶ El Consejo Comunitario del río Baudó ACABA consiste en 86 comunidades a las que han sido otorgadas 174,000 hectáreas de tierras a través de la Ley 70 del 1993. En el 2001, unas 480 familias fueron desplazadas de sus tierras a lo largo del río Baudó como resultado de amenazas de paramilitares y guerrilleros en la región.

Entre otras dictan que no se da ninguna clase de información por parte de los campesinos a ninguno de los actores armados, y hasta especifican que las muchachas no deben entrar en relaciones amorosas con guerrilleros o paramilitares (El Tiempo 2002). En Noviembre del 2001 en la locación de Pie de Pató estas reglas fueron leídas públicamente por primera vez frente a una columna de guerrilleros del ELN (Ejército de Liberación Nacional) que entraron al pueblo y finalmente retrocedieron respetando las demandas de los pobladores y aceptando su proclamada neutralidad. Sin embargo, esta clase de desenlace no es la regla. La masacre de Bellavista, por ejemplo, probablemente habría podido ser evitada si el líder paramilitar «Camilo»

hubiera respetado el pedido de los pobladores de abandonar el área urbano para que la población civil no fuera involucrada en los combates inminentes. No obstante el comandante Camilo indicaba que su organización había llegado «para limpiar el Atrato como lo hicimos con el Urabá» (ONU 2002:8), importándole poco el pedido de los pobladores.

En este escenario y frente a la pasividad del Estado y la frecuente complicidad del ejército nacional con las fuerzas paramilitares, se tiene que preguntar qué tan efectivas pueden ser las denuncias que AFRODES y otros organismos hacen en el plano nacional, si no se aborda al mismo tiempo una estrategia de internacionalizar su resistencia contra estas guerras, o en otras palabras, de globalizar su lucha. La eficacia de las denuncias a nivel nacional es bastante limitada por el carácter

mismo de la coyuntura nacional en la cual un sinnúmero de actores está involucrado y hasta saca provecho de esta guerra y las posibilidades geo-económicas que genera. Llevando estas denuncias al plano internacional a través de organismos internacionales y multilaterales, así como asociaciones de solidaridad con Colombia en el exterior, ONGs, etc., se puede ejercer mayor presión sobre el gobierno colombiano para que proteja a sus ciudadanos. En otras palabras, hay una necesidad de globalizar la resistencia y de ver lo global como oportunidad. Se trata de construir redes y alianzas en contra de la guerra en las cuales se descubren además las confluencias que existan con las luchas de otros pueblos, grupos y comunidades.

Esta estrategia ha sido adoptada por AFRODES que recientemente abrió una oficina con un representante en Washington quien funciona como fuente de información para senadores estadounidenses entre otros. Estos contactos son importantes, y sería equivocado simplemente pintar una imagen de EEUU como la encarnación de todo el mal. Dentro del seno de esta superpotencia se dan debates críticos también, aunque están bastante silenciados en estos tiempos de fanatismo nacionalista e histeria colectiva asociada con la denominada «guerra contra el terror». Con el creciente compromiso de EEUU en Colombia se escuchan sin embargo también voces críticas en el Congreso de ese país. Y estas voces críticas necesitan ser nutridas por informaciones y datos concretos que puedan brindar los activistas del movimiento negro en Colombia. Sobre todo políticos afro-norteamericanos han mostrado gran preocupación por la situación dramática de las comunidades negras en Colombia, nutrida ésta por el sentimiento de apego a la diáspora africana en el mundo, como lo mostró un reciente evento de información y solidaridad con el pueblo afrocolombiano organizado en Chicago.¹⁷ El crear de redes y alianzas en contra de las guerras no tiene límites, y a veces son las alianzas menos sospechadas las que pueden traer el mejor fruto.

Otro grupo de las comunidades negras en Colombia, el PCN lleva ya varios años denunciando la situación dramática en el Pacífico colombiano en círculos académicos y políticos en el exterior.¹⁸ Gracias a unos contactos personales con un académico colombiano de gran renombre en EEUU se han organizado varias

¹⁷ Los días 25 y 26 de abril 2003 la Asociación *Chicagoans for a Peaceful Colombia* organizó su Segunda Conferencia Anual, en la Universidad DePaul en Chicago, sobre la explotación de recursos naturales y la sobrevivencia del pueblo Afrocolombiano, en que participó entre otros el representante de Afrodes en Washington. Véase la página web del evento: www.chicagoans.net/conferences/2003.htm.

¹⁸ El Proceso de Comunidades Negras PCN, una red de más de 120 organizaciones locales de comunidades negras, nació como resultado de la Tercera Asamblea Nacional de Comunidades Negras en Septiembre de 1993 en Puerto Tejada. Con sedes en Buenaventura y Bogotá pretende coordinar la lucha de la población Afro en Colombia a nivel nacional.

giras de algunos activistas para informar al público general en ese país y en Canadá sobre la lucha de estas comunidades. El mismo académico ha facilitado a estos activistas también el espacio para publicar sobre su lucha a nivel internacional (véase Grueso *et al.* 1998, Grueso & Arroyo 2002). El PCN también ha creado vínculos importantes con redes de resistencia global como la Acción Global de los Pueblos (AGP), un espacio de convergencia para organizaciones de base y activistas de todo el mundo en que se articulan prácticas de resistencia contra el nuevo orden mundial neoliberal (Routledge 2000). Las luchas que emergen de lugares concretos están conectadas a través de estas alianzas y colaboraciones más allá de las diferenciaciones de género, clase, etnicidad, etc. Fue la AGP, por ejemplo, la que coordinó una gira de seis miembros del PCN por Europa en Marzo del 2001 para llamar la atención sobre la crítica situación de comunidades negras en Colombia con políticos de la Unión Europea, y con sindicatos en Italia, Gran Bretaña, España y Alemania entre otros.

El uso del Internet es crucial en estas formas de acción y movilización. Cuando el 10 de Mayo 2000, por ejemplo, paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) entraron en la comunidad de Zabaletas a orillas del río Anchicayá en cercanías de Buenaventura matando a doce personas, secuestrando a otros cuatro y quemando varias casas del pueblo, el PCN denunció este acto dos días después vía Internet con el siguiente mensaje:

Las Comunidades Negras del Pacífico colombiano han estado luchando por el derecho a legalizar sus tierras colectivas conjunto con el derecho a administrarlas de manera autónoma y de acuerdo a sus prácticas y valores tradicionales. La Constitución colombiana les reconoce este derecho por medio de la Ley 70 de 1993. Las organizaciones de base del río Anchicayá llevan un proceso avanzado de titulación de sus tierras. La apropiación colectiva por parte de las comunidades Negras del Pacífico colombiano es visto como una amenaza por aquellos que mantienen un interés en capitalizar sobre la enorme riqueza natural de la zona, la cual incluye: preciosas maderas tropicales altamente comerciables, oro y el potencial de establecer cultivos comerciales de manera intensiva. [...] Los derechos ancestrales de las Comunidades Negras e Indígenas, reflejados en la Carta Constitucional, son vistos como un obstáculo a esta explotación y desarrollo. Bajo el falso pretexto de que estas comunidades son colaboradores de la guerrilla, se utilizan la violencia y la intimidación para desplazarlos forzosamente y debilitar sus organizaciones de base. (Texto original del mensaje del 12 de Mayo del 2000)

Como este mensaje lo ejemplifica, activistas negros tienen claro la conexión entre intereses capitalistas para su región y masacres y desplazamiento. A través de estos mensajes se trata de visibilizar esta guerra de la cual son víctimas las poblaciones negras rurales en el Pacífico y de buscar apoyo de la comunidad internacional en su lucha.

Reflexiones finales

Como lo muestra el caso colombiano, las alianzas a nivel global no son meramente una *opción* de movilización para comunidades locales sino una *necesidad* en el momento en que la coyuntura nacional es tal que estas poblaciones se sienten abandonadas por un Estado débil, incapaz y/o sin voluntad de intervenir y protegerles de los diversos actores armados. No se trata aquí de exagerar esta posibilidad y los alcances reales de globalizar la resistencia, pues la vida real no ha mostrado ningún mejoramiento de la situación crítica en que se encuentran las comunidades negras a pesar de las intervenciones a nivel internacional, pero sí de resaltar la opción por la globalización de la resistencia como una estrategia imprescindible en este proceso.

La importancia de esta opción fue reconocida hace tiempo ya por el EZLN en México, donde los zapatistas la empleaban como estrategia concreta en la confrontación con el gobierno nacional. La mediación de la lucha de los campesinos indígenas en Chiapas a través del Internet, inclusive antes de su primer asalto militar el 1 de enero de 1994, y la siguiente concientización a nivel mundial impedían al gobierno mexicano en gran parte derrotar al zapatismo militar y represivamente. Chiapas estaba de un día al otro en la mirada global, y el gobierno mexicano se sentía obligado a aplicar acciones más mesuradas de las que le hubiera gustado en el manejo de este conflicto. El Zapatismo sin lugar a dudas sobrevivió en gran medida por la solidaridad que se dio al nivel internacional con la lucha en Chiapas y la mediación de esa.

La responsabilidad de la sociedad civil en el enfrentamiento y la resistencia contra las nuevas guerras geo-económicas es hoy tal vez más grande que nunca antes. En escenarios en que gobiernos nacionales neo-imperialistas, como el actual gobierno estadounidense, desencadenan guerras para preparar nuevos territorios para la intervención de intereses económicos nacionales y transnacionales, y gobiernos nacionales lucen por su incapacidad o falta de voluntad para actuar y proteger a la población civil en las guerras libradas por actores extra-estatales, como en el caso colombiano, la sociedad civil global necesita adquirir un papel central en articulaciones de resistencia.

En sus tesis para un «manifiesto cosmopolítico» el sociólogo alemán Ulrich Beck (1998) esboza las perspectivas de una sociedad mundial que construye democracia más allá de los estados-nación. De igual manera, yo argumento que no se pueden dejar esfuerzos de resolución de conflictos con gobiernos nacionales, instituciones multilaterales u organismos internacionales como la ONU, pues estos mismos están sujetos a procesos de cooptación, como hemos visto recientemente en el soborno y la presión ejercidos por el gobierno de EEUU en su intento de obtener el máximo apoyo internacional por su invasión y ocupación de Irak. Las protestas a nivel mundial en contra de la guerra en Irak fracasaron al fin y al cabo, si se mide éxito o fracaso de estas movilizaciones al resultado, pues sí hubo guerra. Sin embargo, durante estas movilizaciones se ha creado una conciencia global anti-guerra que está apenas en pañales de su desarrollo. Se trata ahora de construir sobre esta experiencia colectiva de movilizaciones masivas en contra de la guerra, como las del 15 de febrero del 2003, para seguir construyendo resistencia a las guerras en todo el mundo y así ejercer presión sobre gobiernos con intenciones neo-imperialistas o represivas. No es una tarea fácil y no se resolverá a corto plazo. Pero es la única posibilidad que hay: crear conciencia global y actuar movilizándola en todos los espacios posibles.

Bibliografía

- Archila, Mauricio. 2003. *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia (1958-1990)*. ICANH/CINEP, Bogotá.
- Arocha, Jaime. 1999. *Obligados de Ananse: hilos ancestrales y modernos en el Pacífico colombiano*, CES, Bogotá.
- _____. 1992. «Los negros y la nueva Constitución colombiana de 1991», En *América Negra*. 3:39-54.
- Beck, Ulrich. 1998. *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt am Main.
- Castells, Manuel. 1996. *The rise of the network society*. Blackwell, Oxford.
- Cohen, Jean. 1985. «Strategy or identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements». En *Social Research*. 52:663-716.
- Córdoba, Marino. 2001. «Trágico amanecer». En *Éxodo, patrimonio e identidad*. Segura, M. (ed). 1-12. Memorias de la V. Cátedra Anual de Historia «Ernesto Restrepo Tirado», 29.Nov.-1.Dic. 2000, Ministerio de Cultura, Bogotá.
- El Tiempo. 2002. «Manual para días de guerra en el Baudó», Domingo 10 Febrero 2002.

- Escobar, Arturo. 1996. «Constructing nature: elements for a poststructural political ecology». En *Liberation ecologies: environment, development and social movements*. Pect, R. & Watts. M. (eds). 46-68. Routledge, London.
- Escobar, Arturo & Sonia Alvarez (1992), «Introduction: theory and protest in Latin America today». En *The making of social movements in Latin America: identity, strategy, and democracy*. Escobar, A. & Alvarez, S. (eds). 1-15. Westview Press, Oxford.
- Grueso, Libia; Carlos Rosero & Arturo Escobar. 1998. «The Process of Black Community organizing in the southern Pacific coast region of Colombia». En *Cultures of politics, politics of cultures: re-visioning Latin American social movements*. Alvarez, S., Dagnino, E. & A. Escobar (eds). 196-219. Westview Press, Oxford.
- Grueso, Libia & Leyla Arroyo. 2002. «Women and the defence of place in Colombian black movement struggles». En *Development* 45(1):60-67.
- Hardt, Michael & Antonio Negri. 2000. *Empire*. Harvard University Press, London.
- Harvey, David. 1989. *The condition of postmodernity*, Blackwell, Oxford.
- Henaó, Diego. 2003. «Extraños, nómadas y confinados». En *Asuntos Indígenas* 4/03:20-27 (Copenhagen: International Work Group for Indigenous Affairs: www.iwgia.org) [también disponible en: www.codhes.org.co/dreportajem.php?informe=6&report=8]
- Hobsbawm, Eric. 1995. *Age of extremes: the short twentieth century 1914-1991*. Abacus, London.
- Journal of Latin American Anthropology. 2002. *Número especial: Black identity and social movements in Latin America. The Colombian Pacific region*, 7(2).
- Klein, Naomi. 2001. «Reclaiming the commons». En *New Left Review*. 9:81-89.
- Laclau, Ernesto. 1985. «New Social Movements and the plurality of the social». En *New social movements and the state in Latin America*. Slater, D. (ed). 27-42. CEDLA, Amsterdam.
- Laclau, Ernesto & Chantal Mouffe. 1985. *Hegemony & socialist strategy: towards a radical democratic politics*. Verso, London.
- Leal Buitrago, Francisco y León Zamosc (eds). 1991. *Al filo del caos: crisis política en la Colombia de los años 80*. Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- Lefebvre, Henri (1976), «Reflections on the politics of space». En *Antipode*, 8(2):30-37.
- Nogué, Joan & Joan Vicente. 2001. *Geopolítica, identidad y globalización*. Ariel, Barcelona.
- ONU (Organización de Naciones Unidas). 2002. «Informe de la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos sobre su Misión de Observación en el Medio Atrato». 20 de Mayo de 2002.

- Oslender, Ulrich. 2004. «Geografías de terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas». Ponencia presentada en el *Segundo Coloquio Nacional de Estudios Afrocolombianos*, Popayán. 18-20 Marzo 2004.
- _____. 2002a. «Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una “espacialidad de resistencia”». En *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Universidad de Barcelona, vol. VI, núm. 115, 1 de junio de 2002. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-115.htm>
- _____. 2002b. «Communities in the crossfire: Afro-Colombians defend their territorial rights on the Pacific coast». En *Hemisphere*. 11:24-27.
- _____. 2001. «La lógica del río: estructuras espaciales del proceso organizativo de los movimientos sociales de comunidades negras en el Pacífico colombiano». En *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Pardo, M. (ed). 123-148. ICANH, Bogotá.
- Osorio, Flor Edilma. 2004. «Afrodes: cambios y continuidades de la lucha étnica en medio de la guerra». Ponencia presentada en el *Segundo Coloquio Nacional de Estudios Afrocolombianos*. Popayán. 18-20 Marzo 2004.
- Pardo, Mauricio (ed). 2001. *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. ICANH, Bogotá.
- Pécaut, Daniel. 2001. *Guerra contra la sociedad*. Planeta, Bogotá.
- _____. 1987. *Orden y violencia: Colombia, 1930–1954*. Editorial Siglo XXI-Cerec, Bogotá.
- Rancière, Jacques. 1995. *On the shores of politics*, Verso, London.
- Restrepo, Eduardo. 1998. «La construcción de la etnicidad: comunidades negras en Colombia». En *Modernidad, identidad y desarrollo*. Sotomayor, M.L. (ed). 341-359. ICAN, Bogotá.
- Richani, Nazih. 2002. *Systems of violence: the political economy of war and peace in Colombia*. State University of New York Press, Albany.
- Rivas, Nelly. 2001. «Ley 70 y medio ambiente: el caso del Consejo Comunitario Acapa, Pacífico nariñense». En *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Pardo, M. (ed), 149-169. ICANH, Bogotá.
- Robertson, Roland. 1995. «Glocalisation: time-space and homogeneity-heterogeneity». En *Global modernities*. Featherstone, M. S. Lash & R. Robertson (eds). 25-44. Sage, London.
- Rosero, Carlos. 2002. «Los afrodescendientes y el conflicto armado en Colombia: la insistencia en lo propio como alternativa». En *Afrodescendientes en las Américas: trayectorias sociales e identitarias*. Mosquera, C., Pardo, M. & O. Hoffmann (eds). 547-559. Universidad Nacional de Colombia/ICANH/IRD/ILSA, Bogotá.

Routledge, Paul. 2000. «“Our resistance will be as transnational as capital”: convergence space and strategy in globalising resistance». En *GeoJournal*, 52(1):25-36.

Sánchez, Gonzalo y Donny Meertens. 1983. *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la Violencia en Colombia*. El Áncora Editores, Bogotá.

Shefner, J. 1995. «Moving in the wrong direction in social movement theory». En *Theory and Society*. 24:595-612.

Tarrow, Sidney George. 1994. *Power in movement: social movements, collective action, and politics*. Cambridge University Press, Cambridge.

Wade, Peter. 1995. «The cultural politics of blackness in Colombia». En *American Ethnologist*. 22(2):341-357.